PRIMERA PARTE

Lo más extraño de estar sola aquí, en París, en la sala de un museo etnográfico, casi debajo de la Torre Eiffel, es pensar que todas esas figurillas que se parecen a mí fueron arrancadas del patrimonio cultural de mi país por un hombre del que llevo el apellido.

Mi reflejo se mezcla en la vitrina con los contornos de estos personajes de piel marrón, ojos como pequeñas heridas brillantes, narices y pómulos de bronce tan pulidos como los míos hasta formar una sola composición, hierática, naturalista. Un tatarabuelo es apenas un vestigio en la vida de alguien, pero no si este se ha llevado a Europa la friolera de cuatro mil piezas precolombinas. Y su mayor mérito es no haber encontrado Machu Picchu, pero haber estado cerca.

El Musée du quai Branly se encuentra en el VII Distrito, en el centro del muelle del mismo nombre, y es uno de esos museos europeos que acogen grandes colecciones de arte no occidental, de América, Asia, África y Oceanía. O sea que son museos muy bonitos levantados sobre cosas muy feas. Como si alguien creyera que pintando los techos con diseños de arte aborigen australiano y poniendo un montón de palmeras en los pasillos, nos fuéramos a sentir un poco como en casa y a olvidar que todo lo que hay aquí debería estar a miles de kilómetros. Incluyéndome.

He aprovechado un viaje de trabajo para venir por fin a conocer la colección de Charles Wiener. Cada vez que entro a sitios como este tengo que resistir las ganas de reclamarlo todo como mío y pedir que me lo devuelvan en nombre del Estado peruano, una sensación que se vuelve más fuerte en la sala que lleva mi apellido y que está llena de figuras de cerámica antropomorfas y zoomorfas de diversas culturas prehispánicas de más de mil años de antigüedad. Intento encontrar alguna propuesta de recorrido, algo que contextualice las piezas en el tiempo, pero están exhibidas de manera inconexa y aislada, y nombradas solo con inscripciones vagas o genéricas. Le hago varias fotos al muro en el que se lee «Mission de M. Wiener», como cuando viajé a Alemania y vi con dudosa satisfacción mi apellido por todas partes. Wiener es uno de esos apellidos derivados de lugares, como Epstein, Aurbach o Guinzberg. Algunas comunidades judías solían adoptar los

nombres de sus ciudades y pueblos por una cuestión afectiva. Wiener es un gentilicio, significa «de Viena» en alemán. Como las salchichas. Tardo unos segundos en darme cuenta de que la M. es la de M. de *Monsieur*.

Aunque la suya haya sido la misión científica del típico explorador del siglo XIX, suelo bromear en las cenas de amigos con la idea de que mi tatarabuelo era un huaquero de alcance internacional. Les llamo huaqueros sin eufemismos a los saqueadores de yacimientos arqueológicos que extraen y trafican, hasta el día de hoy, con bienes culturales y artísticos. Pueden ser señores muy intelectuales o mercenarios, y pueden llevar tesoros milenarios a museos de Europa o a los salones de sus casas criollas en Lima. La palabra huaquero viene del quechua *huaca* o *wak'a*, como se le llaman en los Andes a los lugares sagrados que hoy son en su mayoría sitios arqueológicos o simplemente ruinas. En sus catacumbas solían estar enterradas las autoridades comunales junto a su ajuar funerario. Los huaqueros invaden sistemáticamente estos recintos buscando tumbas u objetos valiosos y, a causa de sus métodos poco profesionales, suelen dejarlas hechas un muladar. El problema es que semejante procedimiento no permite ningún estudio posterior fiable, hace imposible rastrear cualquier seña de identidad o memoria cultural para reconstruir el pasado. De ahí que huaquear sea una forma de violencia: convierte fragmentos de historia en propiedad privada para el atrezo y decoración de un ego. A los huaqueros también les hacen películas en Hollywood como a los ladrones de cuadros. Son fechorías no exentas de *glamour*. Wiener, sin ir muy lejos, ha pasado a la posteridad no solo como estudioso, sino como «autor» de esta colección de obras, borrando a sus autores reales y anónimos, arropado por la coartada de la ciencia y el dinero de un gobierno imperialista. En aquella época a mover un poco de tierra lo llamaban arqueología.

Recorro los pasillos de la colección Wiener y entre las vitrinas atestadas de huacos, me llama la atención una porque está vacía. En la referencia leo: «Momie d'enfant», pero no hay ni rastro de esta. Algo en ese espacio en blanco me pone en alerta. Que sea una tumba. Que sea la tumba de un niño no identificado. Que esté vacía. Que sea, después de todo, una tumba abierta o reabierta, infinitamente profanada, mostrada como parte de una exhibición que cuenta la historia triunfal de una civilización sobre otras. ¿Puede la negación del sueño eterno de un infante contar esa historia? Me pregunto si se habrán llevado la pequeña momia a restaurar como se restaura un cuadro y si

han dejado la vitrina vacía en la sala como un guiño a cierto arte de vanguardia. O si el espacio en que no está es una denuncia permanente de su desaparición, como cuando robaron un Vermeer de un museo de Boston y dejaron por siempre el marco vacío en la pared para que nadie lo olvide. Especulo con la idea del robo, de la mudanza, de la repatriación. Si no fuera porque vengo de un territorio de desapariciones forzadas, en el que se desentierra pero sobre todo se entierra en la clandestinidad, tal vez esa tumba invisible detrás del cristal no me diría nada. Pero algo insiste dentro de mí, quizá porque ahí dice que el niño de la momia ausente era de la Costa Central, de Chancay, del departamento de Lima, la ciudad donde nací. Mi cabeza deambula entre pequeñas fosas imaginarias, cavadas en la superficie, encajo la pala en el hueco de la irrealidad y retiro el polvo. Esta vez mi reflejo de perfil incaico no se mezcla con nada y es, por unos segundos, el único contenido, aunque espectral, de la vitrina vacía. Mi sombra atrapada en el cristal, embalsamada y expuesta, reemplaza a la momia, borra la frontera entre la realidad y el montaje, la restaura y propone una nueva escena para la interpretación de la muerte: mi sombra lavada y perfumada, vaciada de órganos, sin antigüedad, como una piñata translúcida llena de mirra, nada que puedan devorar y destruir los perros salvajes del desierto.

Un museo no es un cementerio, aunque se parezca mucho. La exposición de Wiener no explica si el pequeño que no está fue sacrificado ritualmente, asesinado o si murió de forma natural; ni cuándo, ni dónde. Lo que es seguro es que este sitio no es ni una huaca, ni la cima de un volcán en la que ser entregado a dioses y hombres para que bendigan la cosecha y la lluvia caiga gruesa y constante como en los mitos, como una torva de dientes de leche y granos rubíes de granadas jugosas regando los ciclos de la vida. Aquí las momias no se conservan tan bien como en la nieve.

Los arqueólogos dicen que en los volcanes altos del sur extremo, los niños encontrados parecen dormidos en sus tumbas de hielo, y al verlos por primera vez, da la sensación de que podrían volver en cualquier momento de su sueño de siglos. Están tan bien conservados que quien los ve piensa que podrían ponerse a hablar en ese instante. Y nunca están solos. Juntos enterraron a los Niños de Llullaillaco, en la Cordillera de los Andes: la Niña del Rayo, de siete años, el Niño, de seis, y la Doncella, de quince. Y juntos los desenterraron.

En una antigüedad no tan remota, aquí mismo, en una capital europea, los niños también se enterraban en el mismo sector del campo santo, como si fueran todos hermanitos o una peste se los hubiera llevado de golpe y pasaran a habitar una especie de miniciudad fantasma dentro de la gran ciudad de los muertos, para que si despertaban en medio de la noche pudieran jugar juntos. Siempre que visito un cementerio intento darme una vuelta por la zona kids, voy leyendo entre sobresaltos y suspiros las despedidas que les dejan las familias en sus mausoleos, y me da por imaginar sus vidas frágiles y sus muertes, causadas la mayor parte de las veces por enfermedades insignificantes. Pienso, delante de este sepulcro infantil no encontrado, si el terror que nos produce hoy la muerte de un niño viene de esa antigua fragilidad, y si no será que hemos olvidado la costumbre de sacrificarlos, la normalidad de perderlos. No he visto nunca tumbas de niños muertos contemporáneos. Quién en su sano juicio llevaría el cadáver de su hijo a un cementerio. Hay que estar loco. A quién se le ocurriría enterrar a un niño, vivo o muerto.

Este niño sin tumba, en cambio, esta tumba sin niño, no solo no tiene hermanos ni compañeros de juegos, es que ahora además está perdido. Si estuviera ahí, me imagino a alguien, que podría ser yo, sucumbiendo al impulso de tomar en brazos a la Momie d’enfant, la guagua huaqueada por Wiener, envuelta en un textil con diseños de serpientes bicéfalas y olas de mar roído por el tiempo, para salir corriendo hacia el muelle, dejar atrás el museo, cruzar hacia la torre, sin ningún plan en concreto, solo alejarnos lo más posible de ahí, pegando algunos tiros al aire.

El avión no llegó a tiempo o eso suele decirse cuando alguien muere, como si no fuéramos nosotros los que siempre llegamos tarde a todo. Mi mamá, que para variar se pasó días evitando mostrarme la verdadera dimensión del asunto, por fin lo dijo, me llamó para que fuera, para que volara, vuela, Gabi, porque tu papá no va a aguantar mucho; y tuve que admitir que en el fondo yo podría haber deducido que pasaría. Desorientada, dando vueltas por la T4 de Barajas, me alisté para un viaje transoceánico con un nudo en el cuello y cuando aterricé ya no había nudo, ni intriga, ni padre.

Nadie te prepara para un duelo, ni todos los libros tristes que llevaba una década leyendo de manera enfermiza. Podía reconocer a Goldman hablando con un árbol en una calle de Brooklyn, un árbol que podía ser su esposa Aura después de que una ola la matara. A Rieff en el hospital diciendo algo inteligente para que nadie se diera cuenta de lo herido que estaba por su mamá, la egocéntrica Sontag, incapaz de aceptar que se moría. A del Molino poniéndose mil veces la misma canción en el ipod para alejar a la maldita leucemia de su bebé. A Bonnet repitiéndose en su cabeza para creerse que su hijo ya no está: «Daniel se mató». A Hitchens lleno de cáncer cagándose en Dios. A Herbert lidiando con ser el vástago de una puta que se muere. Ay, todos esos libros que recuerdo haber leído de un tirón, porque cada vez que me apartaba de sus páginas sentía que estaba dejando a sus autores solos ante el peligro y no podía permitírmelo. Es verdad, como dice Joan Didion, que sobrevivimos más de lo que creemos que podemos. Y algunos lo hacen para poder algún día escribir algo que nadie en su sano juicio pediría escribir, un libro que hable sobre el duelo. Jamás podría hacer nada semejante.

Al llegar a casa, la casa de mi familia, entre el puñado de cosas que mi papá dejó para mí, me desconcierta encontrar el famoso libro escrito por Charles Wiener. Reconozco sobre el grabado marrón del paisaje cusqueño de la cubierta las letras rojas del título y el nombre del tatarabuelo. También está el teléfono de papá, usado por él solo pocas horas antes, y sus gafas, que descansan sobre el tocho de páginas algo amarillentas y ajadas por los años. Me quedo varios minutos instalada en el vacío que el sencillo testamento de mi padre finge llenar. No cojo su teléfono de inmediato, como si tratara de

dejar la menor cantidad de huellas posibles en la escena del crimen. Mi padre acaba de morir de cáncer terminal en una cama de hospital. Y ahora, para no zozobrar del todo, intento ubicarme en medio de los islotes dispersos y las fosas insondables de su partida. Dicen que las especies más comunes en las profundidades oceánicas son las bioluminiscentes. Siempre pienso en ello cuando más a oscuras me siento. En criaturas que reaccionan químicamente a la penumbra produciendo luz. Me digo que puedo hacerlo, que soy capaz, que si a un molusco solo le hace falta una enzima y algo de oxígeno para brillar y confundir a los depredadores, por qué yo no podría.

Tomo el libro, empiezo a hojearlo por el final y me fijo en un apéndice que no había notado antes, firmado por un tal Pascal Riviale. Se titula «Charles Wiener, ¿viajero científico u hombre de los medios?». El texto, muy breve, está escrito con una ironía casi hiriente, es más, está a un paso de ser un libelo; en él, Riviale sostiene que Wiener, más que un científico, fue un hombre con habilidades sociales y comunicativas: «Su estilo a veces enfático, otras sentencioso y lleno de humor —más cerca del romanticismo lírico de un Marcoy que del rigor científico de un D’Orbigny— se avenía más con un salón mundano que con un gabinete de trabajo». A continuación se regodea, lapidario: «Su camino estaba entonces trazado: al diablo la verdad histórica, ¡viva la arqueología novelesca!». Su éxito, culminaba, se debió a que había sabido presentar al público una cierta imagen de sí mismo. En ese momento vuelve a mí un viejo rumor que corre en un sector del mundo académico: hay quien sostiene que Wiener es un farsante, un impostor.

Por fin enciendo el teléfono de mi padre. Quiero saber qué hacía en sus últimas horas o estar con una parte de él que no ha muerto. Estoy segura de que hago algo que a la mayoría le parecerá condenable, pero la violación de la intimidad de un muerto que es tu padre siempre será relativa. Es algo que te debe. La verdad, también relativa de algunas cosas, tratándose de mi padre, es parte de un legado que me pertenece.

No dudo, hago una primera búsqueda con el nombre de la mujer con la que mi padre mantuvo una relación paralela y clandestina de más de treinta años y otra hija fuera del matrimonio. Y el primer correo que salta es uno en el que él le reprocha a ella una infidelidad.

La infidelidad dentro de la infidelidad.

Me pruebo las gafas sucias de papá y por primera vez en mi vida, y aún más fuerte desde que me bajé demasiado tarde de ese avión, siento que a lo mejor tengo que empezar a pensar seriamente en que algo de ese ser fraudulento me pertenece. Y ya no sé si me refiero a mi padre o a Charles.

En todas las casas de los Wiener que conozco está esa cutre reproducción en blanco y negro del rostro adusto del austriaco, enmarcada y adornando un mueble. Dicen que la original siempre estuvo en la familia y que una de las hermanas de mi abuelo la guardó hasta su muerte.

La leyenda de mi tatarabuelo Wiener es la del discreto profesor de alemán convertido de la noche a la mañana en Indiana Jones.

Uno de mis tíos, el que dicen que más se le parece, se había hecho historiador inspirado por la hazaña de su bisabuelo, era el único que había visto el libro de Charles, *Perú y Bolivia*, en francés, en los ochenta, en una biblioteca parisina, y hasta se había planteado buscar la manera de editarlo en Perú. Así que cuando finalmente apareció la traducción al español, en 1993, sintió algo de desazón porque se le habían adelantado pero sobre todo entusiasmo porque por fin podría leer el libro.

El día de la presentación en Lima estaban en la misma mesa el traductor del libro y novelista consagrado Edgardo Rivera Martínez, el expresidente del Perú Fernando Belaúnde y otros ilustres peruanos en un acto de cierta importancia cultural. Orgullosa de que el legado de Charles por fin fuera reconocido, mi familia acudió al evento y los organizadores anunciaron ante el público nuestra presencia: «Esta noche tenemos el gusto de contar con los únicos descendientes de Wiener en nuestro país», dijeron. Ellos no tenían ni la menor idea de que Charles había tenido un hijo aquí y que nos habíamos multiplicado ajenos a su figura. Podríamos haber sido también unos impostores pero no se molestaron en averiguarlo. En realidad tampoco podríamos haberlo demostrado. Mi familia se levantó de sus asientos, sintiendo por primera vez que ese apellido pomposo y extranjero les servía para algo.

En realidad, más allá de su foto en el aparador o la mesita de centro de nuestras anónimas casas, a Charles se le empezó a conocer en el Perú como uno de los primeros estudiosos europeos en confirmar la existencia de Machu Picchu, casi cuarenta años antes de la llegada de Hiram Bingham y de que la *National Geographic* fotografiara por primera vez el monumento y descubriera su majestuosidad para el mundo. En las imágenes en blanco y

negro de la revista el verde intenso de sus montañas se veía negrísimo, el pico del Huayna Picchu rodeado por una estola de nubes inmaculadas, la atalaya intacta, las tres ventanas de cielo, el intihuatana, el reloj solar, dando la hora exacta. De todo eso estuvo muy cerca Charles, de hecho fue el que más cerca estuvo. En este punto siempre empiezo a imaginar mi vida si hubiera sido la auténtica descendiente del «descubridor» de una de las nuevas siete maravillas del mundo, aunque ya sabemos cómo es eso de descubrir América y cosas que siempre han estado ahí. ¿Tendría ahora piscina en mi casa? ¿Podría ir a la ciudadela montada en el tren de turistas sin pagar nada? ¿Podría reclamar mis derechos sobre esas tierras como vienen haciendo muchos desde que en 1911 llegó el gringo explorador? ¿Debería haber dejado mi firma en uno de los muros de granito de la Puerta del Sol —como hizo Agustín Lizárraga, el funcionario de puentes cusqueño que llegó en 1902, nueve años antes que el propio Bingham, solo para hacer mutis de inmediato por el foro de la Historia en un gesto punk, despojado, infantil— como diciendo si no fuera por mi tatarabuelo y su mapita no estarías aquí haciéndote un selfie?

Pero Wiener no lo consiguió, peor aún, dejó indicios en sus planos y una localización muy aproximada, que ayudó a Bingham a llegar porque nadie sabe para quién trabaja. «Se me habló aún de otras ciudades, de Huayna Picchu y de Machu Picchu, y resolví efectuar una última excursión hacia el este, antes de continuar mi camino al sur», escribe sobre el desvío que lo llevará hacia otras ruinas mucho menos importantes y alejará en definitiva del hallazgo más extraordinario de la historia del Perú. Haber estado cerca, por los pelos, nunca ha sido una buena excusa. De hecho, entre todas las facetas del fracaso esta es especialmente irritante. Y nadie querría reclamarla como una herencia.

En su libro dibujó un mapa preciso del valle de Santa Ana, con las indicaciones que le iban dando los lugareños, que incluía los hitos y se acercaba mucho a la ruta real, pero finalmente equivocó el camino y no descubrió nada, no pudo ponerse la medalla por darse de bruces con algo que había sido construido hacía cientos de años, clavar la banderita y cantar «La Marsellesa».

No tuvo la envidiable suerte de su tataranieta, ya en las postrimerías del siglo XX, de fumarse un porro de marihuana dentro de una manzana, llena de agradecimiento al final del viaje ante la aparición deslumbrante entre la niebla de la verde y rocosa ciudad perdida de los incas, después de subir picos de cerca de cinco mil metros sobre el nivel del mar, bajar largos senderos del

valle sagrado y andar kilómetros de bosques del Camino Inca durante días, durmiendo bajo el cielo estrellado al lado de sus mejores amigas, a las que se moría por tocarles las tetas. Pese a todo, podríamos afirmarlo y no estaríamos mintiendo, yo llegué antes que Charles a Machu Picchu. Yo, simplemente, llegué. Y él no.

En la contratapa del libro de 900 páginas publicado por primera vez en 1880 en Francia, el estudioso peruano Raúl Porras Barrenechea exaltaba a Wiener, junto a Cieza y Raimondi, entre los grandes viajeros del Perú republicano. Belaúnde señalaba «la penetrante observación del humanista» y el historiador Pablo Macera aseguraba que para Wiener «la historia era una actitud vital más que un método o una evasión». Me gusta la frase de Macera. Si no hay más remedio que proceder de un hombre blanco europeo siempre preferiré que sea de un aventurero antes que de un doctor *honoris causa*.

Mi papá atesoró el libro durante años, con sus decenas de grabados costumbristas de la vida indígena, inalterable en un lugar especial de nuestra biblioteca. Cada vez que intenté acercarme a merodear en sus primeras páginas, sin embargo, lo cerré horrorizada, incapaz de leerlo como el fascinante relato de viajes del siglo XIX que es para tanta gente, y sobre todo incapaz de obviar sus sentencias sobre los indios salvajes. Nada de ese personaje extraviado en su eurocentrismo, violento y atrozmente racista tenía que ver con lo que soy, aunque mi familia lo glorificara.

Dejé de pensar en el libro durante años. Ese tocho que pesaba casi su peso real en mi conciencia estaba en Perú y yo para entonces ya vivía al otro lado del Atlántico; aunque de vez en cuando, sobre todo cuando en alguna conversación salía la anécdota del tatarabuelo huaquero, me carcomía la idea de no haberlo leído todavía, después de todo soy escritora y de momento es el único Wiener que ha escrito un libro de éxito.

La muerte de mi papá siempre coincidirá con la fiesta del tomate. Yo me fui y mi marido y mi mujer decidieron llevar a nuestra hija a la cata de tomates de Perales de Tajuña, un pueblo a las afueras de Madrid, para alejarla del tufo de la muerte. Desde que los tres nos fuimos a vivir juntos no habíamos experimentado nada tan triste, ni terrible. Yo tenía que haber estado en esa fiesta del tomate de inicios de septiembre, semidesnuda muriendo de calor en una comarca bañada por el río Tajo y no languideciendo de luto en Lima gris. En las catas los agricultores ponen en exhibición sus decenas de tipos de tomates, algunos tan grandes como una cabeza y de muchos colores, otros rosas fosforescentes tan carnosos como un corazón.

Cuando por fin tengo un momento leo un mensaje de Jaime y uno de Roci. Jaime dice que me va a contar algunas cosas que ha hecho mi hija. La habían llevado al pueblo al que solemos ir a cosechar las verduras que nunca se come. Más tarde se había puesto a mirar fotos de su abuelo en el ordenador y había llorado con ese llanto adulto en el que no decimos nada y solo dejamos que algo de nosotros se caiga para luego levantarse. Había escogido una foto y la había metido en una carpeta en la que escribió «Abu». También abrió una foto suya y se quedó mirándola y empezó a hacerle agujeros con el programa de edición. Le hizo no uno sino muchos vacíos alrededor y Jaime cree que en todos ellos quería poner la foto que había escogido de su abuelo. Pero no pudo, o no supo cómo hacerlo. Tal vez un día le enseñaremos a llenarlos, aunque lo más probable es que aprenda a hacerlo ella sola.

Roci me cuenta que en la fiesta de los tomates había una serie de hermosas parejas gays que se tocaban, sudaban y amaban, y que toda esa exuberancia le hacía extrañarme. También que había imaginado a una niña llorando en un horrible aeropuerto, y que esa niña era yo. Esa era mi vida, había luchado mucho por no hacerlo tan mal como él. Y de pronto estoy aquí donde no quiero estar. Por su culpa, porque se ha muerto en el peor momento o en el mejor. En nuestra última conversación recuerdo que me dijo con una pizca de humor que me escoció dentro: «Ay, hijita, si en mi época hubiera existido el poliamor…».

No han pasado ni dos meses desde la última vez que pisé esta ciudad. Aquella vez debí quedarme, sabía que probablemente no le quedaba demasiado tiempo, pero me fui. Cuando me dijo lo del poliamor, creyendo que eso nos acercaría, no sabía si volvería a verlo vivo y para despedirnos alquilamos una casa en una playa limeña. En invierno las playas limeñas son un paisaje ártico. Todo lo ocupaba el cuerpo ya sin cuerpo de papá, y los movimientos arduos de mi madre atendiéndolo, dándole de comer en la boca. Despertaba, echaba un ojo a los periódicos, pero no duraba demasiado. Él, el periodista, el escritor, el analista, lector fiel de la prensa diaria, de la amiga y de la enemiga, ya no resistía más de unos minutos sosteniendo los diarios sobre su pecho. Tampoco podía escribir, como cada día, su apasionada columna de análisis de la coyuntura, poniendo todos sus demonios a trabajar. Yo me acercaba al sofá donde dormía, le acariciaba la frente y le hablaba del libro de José Carlos Agüero que ambos acabábamos de leer. Un libro sobre el perdón, sobre perdonarnos como sociedad posconflicto y aprender a convivir con el enemigo rendido, escrito por primera vez por un bicho raro, completamente desconocido para la mayoría de peruanos: el hijo de dos miembros de Sendero Luminoso. Mi padre entonces volvía a contarme la historia del padre de José Carlos, al que recordaba como un valiente dirigente de los obreros metalúrgicos al que un día perdió de vista porque entró en Sendero y más tarde fue fusilado durante la operación que sofocó el motín de los presos de El Frontón. Hablábamos sobre todo de la madre, a quien había conocido militando en la izquierda antes de que también se volviera senderista. Cuando hablábamos de eso —y era mi parte favorita de la historia— mi papá solía confesarme que le había gustado mucho la mamá de José Carlos, que le atrajo durante un tiempo. A ella la secuestraron y asesinaron en una playa con una bala en la nuca, años después, cuando ya estaba retirada. A mi papá le incomodaba un poco el tono de reconciliación del libro, sentía que a José Carlos no le interesaba lo suficiente reconstruir el pasado de sus padres y las razones que los llevaron a la violencia, y lo comparaba con un niño que no sabe lo que hacen sus padres de noche y decide ya adulto que tampoco le interesa entenderlo. Para mí, sin embargo, la grandeza del libro no estaba tanto en su testimonio o en un supuesto ajuste de cuentas con su familia, sino en su esfuerzo por pensar qué hacemos con toda esa basura que nos dejó la guerra. Y que lo hiciera alguien condenado por el estigma de ser «hijo de» me parecía aún más valiente. Quizá a papá le hería ese aparente «desdén» de José Carlos. Quizá sentía que iba dirigido contra él también y contra toda su generación. Después de todo, desde los años sesenta él y sus compañeros

venían intentando hacer la revolución contra un sistema que no da tregua. Algunos mediante una violencia bestial como los padres de José Carlos, algunos sin violencia como el mío. En el fondo creo que le molestaba que un hijo no le hiciera justicia a su padre.

¿Cómo querría papá que lo recordara yo? ¿Funcionaría con él mi método de contar y reírme de mis propias miserias para hacerle más llevadero el hecho de que también iba a contar las suyas? ¿Aceptaría que le señalara su incoherencia como un compañero más del partido en una asamblea, la brecha entre su compromiso público y la ética de su intimidad, el no haber podido ser tan bolchevique en el amor como en la política? ¿Escribiría un libro para *hacerle* justicia?

La sola posibilidad de escribir sobre él me hace sentir como una payasa, en realidad como el protagonista de la novela de Heinrich Böll, *Opiniones de un payaso*, que un día llega bañado en café a ver a su padre y este cree que es otra de sus payasadas aunque en realidad él solo había querido prepararse un café y lo había echado todo a perder. Ese es uno de los peligros de ser un payaso, que nunca te tomen en serio. A los que escribimos nos pasa lo mismo. No quiero reírme de mi padre, ni ser injusta, solo estoy bañada en café de arriba abajo.

Aunque mi abuelo votaba a Beláunde y educó a sus hijos con severidad, el mayor, el comunista, siempre tuvo palabras ponderadas para él; siempre oí a mi padre hablar del suyo desde ese extraño lugar que es la comprensión para un hijo, es decir, desde la perplejidad. En los ochentas, a mi padre y a mi tío los habían metido presos por rojos y por enfrentarse a la dictadura de entonces, pero mi abuelo nunca les reprochó su comportamiento. Odiaba a los militares tanto como ellos. Podía haberme quedado pensando más tiempo en esto pero me daba por fantasear con mi padre y la madre de José Carlos empotrándose detrás de la puerta de alguna asamblea, al lado de un montón de banderas rojas con la hoz y el martillo.

Jamás pensé que iba a poder abrazar a un muerto pero mi mamá tira de nosotras con firmeza, como diciendo no es un zombi, es su papá. Más tarde, cuando las tres nos disponemos a vestirle, retengo la visión de sus tetillas rojas para no olvidarlas nunca, también acaricio por última vez el lunar de su tobillo que él hacía sonar con un silbido cuando yo lo apretaba.

La muerte: saber que nunca más escucharás ese sonido.

Entre mi madre y yo casi no podemos moverlo. Palpar la rigidez de lo muerto en un cuerpo que solo conociste vivo, he ahí una experiencia novedosa. Pesa muchísimo porque en los últimos días se había llenado de agua. Qué raro es esto de que morir de ciertas cosas sea igual a morir ahogado. Eso parece, un cuerpo devuelto por el mar después de su periplo entre olas violentas. Mi madre hace las cosas con aplomo, en su habitual actitud autosuficiente. Se nota que lleva muchos más muertos que yo a sus espaldas. Para mí es la primera vez. Después comemos un menestrón en la cafetería del hospital y me parece increíble la vida, que ese plato sea tan verde y tan sabroso.

Cuando estamos camino al velatorio, recuerdo que mi papá tampoco pudo despedirse del suyo. Murió de un infarto mientras él estaba de misión política y periodística en Europa. Cuando volvió al Perú, un mes después, ya no tenía padre. Y ahora yo tampoco.

En su funeral soy la tercera viuda besada y babeada mil veces por toda la izquierda peruana entre gritos de «Cuando un revolucionario muere nunca muere». Ahí de pie, por fin ante su ataúd, entre las flores enviadas por un expresidente y las que envió el abogado de un líder terrorista encarcelado, yo, como mi hija ante su rudimentario homenaje en Photoshop a su abuelito perdido, me siento rodeada de agujeros hechos por mí misma que no sé cómo llenar.

Sé algunas cosas de ese señor, más de las que querría saber. Sé de su cráneo un poco puntiagudo, de su extensa frente, de su calvicie precoz. Del bigote oscuro y la barba mullida en su rostro albo. De su cara de Freud o de cualquier celebridad germana de la filosofía o la psicología. Aunque solo fuera el joven maestro de alemán de un liceo francés. Serio y contenido en ese gesto de profesor o padre que juega con el miedo. Al menos así luce en la foto que conozco, tomada en los días en que le fue encargada la misión en América del Sur. No llegó al Nuevo Mundo con espadas y caballos sino con un método científico y un cuaderno de campo para entender a los que no eran como ellos.

Él tampoco era como ellos, pero quería serlo.

Primero fue Karl Wiener, el judío austríaco, hijo de Samuel y de Julia. Samuel muere y su familia decide migrar de Viena a París con el joven Karl, ya de dieciséis años. En Francia empezó a llamarse Charles y la pronunciación germánica de su apellido, «Vina», mutó en la afrancesada «Vinérg» en boca de los otros. A mí me llaman «Viner», aunque me han llamado Weiner, Wainer, Weimer y hasta Winter, como la cocoa.

Cuando su verborrea ya seducía a muchos en los salones de la Sociedad de Geografía de París, donde hacía gala de ciertas ideas liberales que hubieran horrorizado a su bisnieto, mi padre socialista, el joven Wiener publicó su primer ensayo. El tema era el «imperio comunista» de los incas, un régimen basado en la igualdad social y por ello, según su tesis, autoritario y contrario a la libertad. En sus textos defendía la idea delirante de que Luis XIV se había inspirado en los incas para su famosa frase «El Estado soy yo».

Tenía tal poder de convencimiento que con algunas cartas de recomendación y un plan detallado de su proyecto de exploración consiguió que el gobierno francés lo enviara, en 1876, a realizar investigaciones arqueológicas y etnográficas que debían culminar en una gran exhibición en el marco de la Gran Exposición Universal de París de 1889, una enorme feria en la que se mostraban los principales avances científicos y artísticos del mundo, del mundo según ellos. Y el expolio de decenas de antiguas civilizaciones.

Al llegar a Perú, Wiener recorrió zonas hasta ese momento poco exploradas. Por un hombre blanco, se entiende. Durante casi dos años, viajó primero por la costa, de Lima a Trujillo, para luego encaminarse a los Andes, desde Cajamarca hasta Puno y acabó su travesía en Bolivia. Al volver a Francia se nacionalizó francés y se convirtió al catolicismo. Hizo cosas buenas, como sus mapas de la sierra central peruana, considerados muy precisos; sus colecciones constituyeron los fondos del Museo de Etnografía del Trocadero, el Museo del Hombre o el Museo de las Colonias, antes de acabar en el Branly. Su expedición, inspiradora para muchos viajeros, fue considerada un éxito rotundo, pero en lugar de aprovechar el reconocimiento para seguir construyendo una carrera científica, tomó la sorprendente decisión de abandonar las exploraciones y hacerse diplomático.

A partir de aquí me desentiendo un poco de su vida, me interesa menos. Pese a las sombras, la leyenda del antepasado viajero pasó de generación en generación con mucha pompa pero sin demasiado contenido. Nunca nos dijeron que el señor solo había estado en Perú dos años de su vida.

Si en febrero de 1876 desembarcaba en el puerto del Callao, debió conocer de manera furtiva a María Rodríguez en agosto de ese mismo año; debieron reproducirse en las semanas que Wiener pasó por Trujillo, una ciudad siempre cálida de la costa norte en la que había nacido María.

Carlos Wiener Rodríguez, mi bisabuelo, nació el 6 de mayo de 1877 cuando Wiener ya estaba en Bolivia. Hablar de estas cosas suele ser tan difícil en mi familia que para explicarlo usamos metáforas automovilísticas, como que fue un «choque y fuga», pero lo que prevalece por encima de todo es el silencio. María bautizó al pequeño Carlos, al parecer, cuando Wiener ya había vuelto a Francia. El chico no solo nunca conoció a su padre biológico, ni recibió una sola carta suya, tampoco le hizo demasiadas preguntas a su madre, las escondió en el fondo de sí mismo y no habló del tema con ninguno de sus diez hijos hasta que murió joven llevándose sus tribulaciones a la tumba y dejando el mutismo como su única herencia. El europeo dejó a un niño peruano que a su vez tuvo diez hijos, uno de los cuales fue mi abuelo que a su vez tuvo a mi padre, que me tuvo a mí, que soy la más india de los Wiener. Mi abuelo tampoco solía entrar en detalles sobre Charles, básicamente porque no los tenía. Es curioso cómo lograron en esa familia en tantos años hacer coexistir el orgullo por el patriarca y la vergüenza por su abandono en un solo gesto.

Si intentara hacer un resumen similar de mi vida habría que sumar a mi condición de migrante actual de una excolonia española en España, la naturaleza bastarda en la que me dejan las expediciones científicas franco-alemanas del siglo XIX, movimientos geopolíticos que me hacen, a la vez, descendiente del académico y un objeto arqueológico y antropológico más.

Soy la hija de la esposa. Lo digo así porque hay un libro de la escritora norteamericana A. M. Homes, llamado *La hija de la amante*. Yo soy lo contrario. Homes fue adoptada al nacer por una familia y más de cuarenta años después apareció su madre biológica, una mujer frágil y pusilánime que había renunciado a ella porque el hombre que la había embarazado, su amante, estaba casado. Es la reconstrucción de la historia de su verdadero origen. Ser la hija de la amante está muy mal visto, conlleva el estigma de la descendencia espuria y una marca de nacimiento que suele durar toda la vida. Hay niños que nacen bajo ese signo y ya adultos siguen habitando la sombra de la extraoficialidad, rechazados por sus familias, ignorados y destinados a formar sus propias familias también en la sombra. En la Grecia antigua los bastardos eran vendidos como esclavos, en Roma no tenían derechos de sucesión y vivían aislados, sin familia.

Se supone, en cambio, que ser la hija de la esposa está bien. Sobre todo si el esposo nunca deja a la esposa. Nadie cuestiona tu lugar en el mundo. Eres parte de la institución y del orden, aunque estos se subviertan cada tarde. Pero a mí me pasa todo lo contrario. Yo nunca le encontré la dignidad a ser la hija de la esposa. ¿Por qué querría ser la hija de la mujer traicionada si podía haber sido la hija de una pasión inevitable, de una relación clandestina, llena de atracción e imposibilidad? Eso me convertiría algún día en una bastarda orgullosa, como la que reivindica la boliviana María Galindo, me haría ser *la memoria que activa el conflicto*, el producto de algo *remoto y violento*. ¿Para qué intentar diluir la contradicción, para qué buscar la autenticidad, la paz, el mestizaje?

Además, si Carlos Wiener era el bastardo de Charles Wiener, toda mi familia es su bastarda, toda mi familia es la hija de la otra.

La bastardía corre por mis venas en las dos direcciones. El hermano más joven de Victoria, mi abuela materna, era en realidad su hijo, el hermano bastardo de mi madre. Mi abuela había tenido un bebé a los quince años, por lo visto con un extraño. No sabemos cómo, no sabemos casi nada, solo que Victoria se lo dio a su madre para que lo criara y comenzó todo este cuento de que era su hermano. Lo escondió y seguro lo sufrió en silencio. Murió sin

decir una palabra de ello. Muchos pensamos que mi abuela tardó en morirse diez años por ese secreto.

Pero en cambio yo soy la hija de la esposa.

Me paso horas leyendo en su teléfono los *mails* que mi papá le escribió a la mujer que no es mi madre. Son los correos de un hombre desesperado. Casi siempre él escribe larga y poéticamente. Ella es bastante parca. Me da apuro leer sus respuestas cortantes y frías, mientras mi papá se desgañita buscando las mejores palabras. Que él solía ser romántico y afectivo en sus cartas eso ya lo sabía. He leído muchas que le escribió a mi mamá cuando eran solo dos jóvenes militantes de izquierda, enamorados de su vida y de la revolución. También era un padre amoroso en las cartas que nos escribía a mí y a mi hermana, contándonos de los niños campesinos que veía en sus viajes para encender en nosotras la llama del socialismo. Pero no tenía ni idea de que fuera tan apasionado. Mi padre ya era abuelo y seguía escribiendo como un adolescente turbulento.

Sufría, parecía sufrir de amor siempre, era un amante torturado que no encontraba nunca en los ojos de la amada toda la seguridad y el deseo que necesitaba. Vivía con un dolor terrible las traiciones de ella, su indiferencia o sus comportamientos erráticos. También, es posible, que solo fuera una etapa que acabó por diluirse, como todo en el enamoramiento, por fugacidad, por tanto arder. Nunca lo sabré.

Soy consciente de que intento construir algo con fragmentos robados de una historia incompleta.

Tengo, sí, los correos amorosos dirigidos a mi mamá, que enviaba siempre con copia a mi hermana y a mí. ¿Por qué lo hacía? ¿Quería demostrarnos que aún amaba a nuestra madre? Cuánto amor debió sentir mi papá por mi madre para no intentar una vida con la otra mujer que amaba. Cuánto por su amante para no dejarla y quedarse solamente con su compañera de toda la vida. Y, también, cuánto desamor podemos dar mientras creemos estar amando. Me gusta pensar que en su corazón ambos amores no se excluían, pero cómo estar segura.

No quiero ser injusta, sacar conclusiones por unos cuantos mensajes escritos hace ya años, muchos años antes de que enfermara y muriera, y para justificar mis propias elecciones. Me estoy imaginando la vida amorosa de mi

padre a partir de algunos hechos, algunas personas, algunos silencios, algunos mensajes. Acaso este acto de indiscreción violenta solo encubre mi propia cobardía para enfrentarme a la falta de argumentos, a que no tengo justificación.

¿Qué se rompió en mí en el camino? ¿Cuándo exactamente?

En una carta que le escribe a la otra le dice: «La primera vez que Gaby, mi hija, ingresó a tu casa, comentó que en mis ojos se veía que estaba enamorado y en tus actitudes que tú actuabas como si fueras mi mujer. Yo le pasé la mano por el cabello y sonreí por su franqueza al decir las cosas. Era 1996 y Gaby tenía veinte años. Desde los diez años había crecido con una referencia vaga a tu presencia».

Lo recuerdo. Él me acarició la cabeza y sonrió por mi franqueza. Yo me daba cuenta de todo y le hacía un guiño. Me aseguraba de que me siguiera amando a mí, sobre todo a mí; quería la verdad o no me conformaba con la mentira; pretendía que siguiera siendo mi padre, insinuando que conocía su secreto. Quería ser su cómplice y así, de alguna manera oscura, también yo traicionaba a mi madre.

Una de mis aficiones de niña era meterme en los cajones de mis padres y leer sus cartas. Supongo que así lo supe. Sé que está mal pero con los años solo se ha agravado mi vena de detective de casos familiares.

Cuando tenía diez años, contesté una llamada de alguien que preguntaba por él y decía: «De parte de su novia». Por aquella época me había venido la regla por primera vez y yo había pensado que me había hecho la caca encima. Cada tarde me tumbaba en el sofá a leer *Cien años de soledad*, el libro favorito de mi papá. Cuando era niña me recitaba de memoria en el desayuno fragmentos de la historia de los Aurelianos y los José Arcadios, gente importante envuelta en líos amorosos. Deduje que los enredos románticos eran una cosa muy natural entre hombres importantes. Yo leía y me calentaba con los pasajes más sexuales bajo la luz que filtraban las persianas casi cerradas del salón de mi casa, embelesada por las descripciones de personajes femeninos, a veces feroces, otras evanescentes. Sin embargo, aunque lograba abstraerme gracias a la ficción, la realidad me buscaba, me perseguía y acababa por encontrarme. «¿Cómo que una novia? Si él tiene una esposa…» Todavía puedo escuchar el eco de mi voz quebrada de niña luchando por sostener los últimos segundos de su lógica inocente antes de perderla para

siempre. Escribo para responder a eso que me pregunté con un temblor antes de colgar el teléfono.

Cada día me envío a mí misma, desde su cuenta, los correos que escribió tanto a mi madre como a mi madrastra oculta. Más tarde olvido que lo he hecho y me sorprendo al ver en mi bandeja un nuevo correo de papá, con su nombre en negritas, sin abrir, y por un segundo, solo por un segundo, creo que de verdad me ha escrito, que me ha llegado un correo suyo desde la muerte.

En sus *mails* a veces habla de sus enfermedades. Papá se fingió tantas veces enfermo para volver a dormir con mi mamá sin que su novia sospechara, y viceversa, que terminó enfermando de verdad.

Tenía carpetas distintas, cada una con un nombre distinto de mujer. Ella y mi mamá tenían su propia carpeta con su nombre, llena de cartas, y había un par de nombres más, con dos o tres correos. Archivaba sus relaciones y sus comunicaciones con las mujeres.

Tenía un archivador del amor y otro del deseo. Qué curioso que lo que podía organizar en carpetas virtuales no podía organizarlo en la vida.

Al descubrirlo, no puedo dejar de pensar, de temer, de llorar, de encontrarme explosivamente con la naturaleza humana. Pienso en Jaime y en Roci, en sus vidas secretas, en las mías, en lo que siempre he temido, en lo que siempre he temido de mí. ¿Alguna vez podré dejar de sentir miedo? No me gustaría acabar siendo una carpeta con un nombre.

Todos tenemos un padre blanco. Quiero decir, Dios es blanco. O eso nos han hecho creer. El colono es blanco. La historia es blanca y masculina. Mi abuela, la madre de mi madre, llamaba a mi padre, al marido de su hija, «don» porque ella no era blanca sino chola. Me resultaba rarísimo oír a mi abuelita tratando con ese excesivo e inmerecido respeto a mi papá. «Don Raúl» era mi padre.

En la época en que los niños del colegio me gritaban negra como insulto encontraba refugio cogiéndole de la mano para que todo el mundo supiera que ese señor solo un poco blanco era mi papá, eso me hacía menos negra, menos insultable. Supongo que ahora que está muerto lo poco de blanco que hay en mí se ha ido con él, aunque siga usando solo su apellido, y nunca el de mi madre, para firmar todo lo que escribo.

Durante mucho tiempo pensé que lo único que tenía de blanca era ese apellido, pero mi marido dice que mi «mancha humana» es inversa a la de Coleman, el personaje del profesor universitario de esa novela de Philip Roth, que quiere esconder su negritud. Mi identidad marrón, chola y sudaca intenta disimular la Wiener que llevo dentro.

Mi madre ideó su propio mito sobre el origen de nuestra pequeña familia, la que formábamos mis padres, mi hermana y yo. Según ella esa leyenda está escrita en la naturaleza y en los mapas fluviales: hay un punto en la geografía del mundo, al sur de Perú, en la que un afluente del río Bravo se cruza con el río Wiener y su convergencia azarosa da como resultado el río Salud. Es muy difícil llevar una existencia tóxica con semejante profecía. Pero no imposible.

Ya de niña sabía que yo venía de dos mundos muy diferenciados, el de los Wiener y el de los Bravo, aunque fueran apellidos que convocaban ambos, forzando un poco, el triunfo y el aplauso. Las dos familias tenían orígenes relativamente humildes, pero en Lima es muy distinto ser pobre descendiente de ancashinos o monsefuanos, que pobre descendiente de europeos. Cuando en los años cuarenta los Wiener y los Bravo empezaron a formar sus familias vivían muy cerca, sin conocerse, en barrios populares del Cercado de Lima. Poco a poco, gracias al trabajo invisible de mis abuelas y al romperse el lomo de mis abuelos, ascendieron a los distritos clasemedieros de Jesús María y Magdalena, empezaron a comer mejor, a hacer algunos viajes por el interior, a nadar una vez al año en las lagunas de la Huacachina o en las fuentes termales de Churín, a ir al cine, a los toros o a la zarzuela, pudieron poner a sus hijos en colegios de curas y monjas, luego en universidades y darles una vida bastante digna. Mi abuelo Bravo era carpintero. Mi abuelo Wiener administrativo. Mis abuelas iban al mercado, cocinaban silenciosas y cuidaban a sus nietos con amor. Ni los Wiener eran basura blanca, ni los Bravo cholos de mierda, pero sus vidas corrieron en paralelo como solo pueden correr las vidas separadas por el color en la excapital del virreinato del Perú. Por eso, quizá, los Wiener consiguieron aferrarse como a un clavo ardiendo a la clase media estable y aspirante, mientras los Bravo siempre han hecho equilibrismo al filo del precipicio.

Hasta que un día esas vidas se cruzaron como dos ríos.

Mi padre fue el único que no se casó con una mujer mestiza blanca. Sus dos hermanos lo hicieron. El hermano de mi mamá se casó con una mestiza blanca. Mi mamá se casó con un hombre mestizo blanco.

Pero mi papá se casó con una chola.

Durante mucho tiempo, de niña y adolescente, quise sentirme más Wiener que Bravo, porque ya intuía que eso me daría más privilegios o menos sufrimientos, pero mis evidentes rasgos físicos, el color marrón que me hace india en España y «color puerta» en Perú, me hicieron una Bravo más. Cuando vine a vivir a Madrid y supe lo que quería decir sudaca no me sorprendí. En Lima muchas veces había oído asociar mi color de piel con el color de la caca.

Mis abuelos paternos eran tan blancos que no me sentía cómoda con ellos. Cuando murió mi abuelo blanco, mi abuela blanca empezó a tocarnos un poco más y a tirarse pedos mientras iba de una habitación a otra, salió del armario como católica simpática y me enseñó a tejer. Mi abuela chola me balanceaba en sus pantorrillas y me enseñaba a rezar, mientras le hablaba a mi papá como si le hablara al dueño de la hacienda, hasta que enfermó y comenzó a mandar a la mierda a todos.

La abuela de mi madre, Josefina, tuvo seis hijos de hombres distintos. Mi mamá dice que esa fue la manera de Josefina de sobrevivir a la pobreza y al abandono, volver a juntarse con un hombre tras otro, para seguir ofreciendo un hogar a sus hijos. A causa de la fiebre de Malta, mi bisabuela pasó décadas de su vida en silla de ruedas tomando todas las decisiones sobre su familia desde ahí. Cuando era niña, visitarla era desconcertante. No entendía que siendo de la misma familia pudiera haber un abismo tan grande entre nosotros.

Me quedan aún días de duelo por delante en Lima pero no tengo ganas de ver a nadie. Ayer apagué el teléfono de papá por un rato. Siento que revisito los sitios que recorrí cuando aún no había perdido nada y ya no son tan familiares. A veces sale el sol y vamos con mi hermana y mi sobrino a tomar cremolada al Curich. Pedimos tres sabores distintos, de maracuyá, de lúcuma y de guanábana. Nada me hace tan feliz como la fruta congelada con azúcar. Sobre todo si hay un poco de sol escapando entre las placas de nubes que cierran el cielo de esta ciudad, el más injusto que he visto en mi vida. Y deseamos en secreto que pase algo que rompa esta calma, lo que sea, un trueno, el llanto exagerado de un niño, la noche. Hace días que mi hermana y yo ya no nos consolamos, solo dejamos caer las lágrimas y seguimos haciendo lo que estábamos haciendo. La sensación es de que la vida no nos dio tiempo de matar al padre, de construirnos a partir de ese simbolismo y estamos aquí, oteando en la paradoja de perder algo tan complicado como un papá mientras caminamos hasta el malecón, solo lo necesario para ver los parapentes tirarse al vacío, agitar su color sobre la nada. Parece sencillo, tomar impulso, correr y perder suelo. Elevarse. El mar turbio de Lima va y viene, llena mis ojos, los vacía. Mi sobrino nos mira desde su quietud oriental.

Por la noche me masturbo, devoro alguna porquería, bebo Coca-Cola, contesto mensajes de pésame con emoticones, chateo sobre cosas sexuales con gente que conozco poco. Me encierro con el libro de Charles en la habitación del fondo de la casa que alguna vez fue mi habitación y avanzo en la lectura incrédula de sus páginas; escribo *mails* a mis esposos en los que les cuento que no hago otra cosa que masturbarme en silencio y leer ese mamotreto, la biblia de la familia, en la que asuntos grandilocuentes como el pasado o la historia dependen de la única mirada de alguien que decide qué contar y qué omitir, una especie de Dios. Hay momentos en los que el contradictorio viajero se rinde ante la magnificencia del pasado inca, se subyuga ante los restos de su arquitectura y hace un esfuerzo por captar la complejidad del peruano del presente. Y otros en los que se regodea en su maledicencia.

Me gusta enviar por el grupo que tengo con mis dos parejas en WhatsApp mis pequeños hallazgos de citas atroces de Wiener, como cuando se refiere a los peruanos como gente con una «constitución abusiva» y «malsana», en los que pueden encontrarse «las causas nefastas de la momificación de este pueblo y del envilecimiento del individuo». Del indio autóctono dice «no supo morir, he aquí por qué el indio no sabe vivir». Y hace una cruel descripción del ciclo de su vida: «de niño no conoce la alegría, de adolescente el entusiasmo, de hombre, el honor, de viejo la dignidad».

Un visionario, me dice Jaime por el chat, y nos reímos como unos nazis, porque nos resistimos a ofendernos. Sería demasiado fácil. Porque Charles juzga a «estas momias indignas» desenterradas por españoles, o austriacos o franceses, o austriacos que quieren ser franceses, desde su topografía, pero nosotros nos juzgamos a nosotros mismos desde la ironía, sabiéndonos producto de esa confrontación.

Es tan grotesco su ensañamiento que da risa. Si para algo tenía talento es para el insulto, digo yo. Y eso, por cierto, es algo que también se hereda. Hay escritores que devuelven belleza al mundo y otros que le gritan su fealdad. Si solo hay esas dos posibilidades, Wiener no es un escritor, me digo, es el troll de toda una civilización.

No sé por qué llevo a cabo este ritual, qué busco en la mirada de un observador externo, de un puto americanista. Pero entonces llego sin mucho entusiasmo a un pasaje muy bien contado que me engancha. De camino a Puno, y al pasar por una finca llamada Tintamarca, el propietario le sugiere a Charles llevarse un indio para dar a los estudiosos europeos una idea de esta raza. Wiener le contesta que conseguir un indio, más aún si es un niño, es una empresa muy difícil, que ha estado intentando hace días que algunos de ellos lo sigan pero es imposible. El otro hombre le aconseja entonces que lo compre: «Dé usted unas piastras a una pobre chola que se muere de sed y que hace morir de hambre a su retoño; se trata de una india horriblemente alcohólica. A cambio le regalará a usted a su pequeño. Hará usted, además, una buena acción». Wiener va en busca de la mujer y su hijo, le pregunta al niño cómo se llama y esta le contesta que Juan, le pregunta si tiene padre y le contesta en quechua que no. «Muy pocas veces he visto un espectáculo más repugnante —escribe Wiener—. Esta madre, joven aún, roída por todos los vicios, y el pequeño ser que no tenía otra ropa que un poncho que apenas si le llegaba a la cintura. Tomé una decisión». Despertó a la madre, que se había quedado dormida, y «efectuamos el intercambio de “regalos” proyectado. Exhorté al niño a despedirse de su madre; parecía no entender qué le

solicitaba; pero la madre comprendió muy bien, y, con su mano temblorosa por el alcohol, hizo la señal de la cruz en su hijo. Tuve un estremecimiento de disgusto al ver tal bendición del vicio; puse al pequeño sobre una mula. (…) Y henos en marcha. El pequeño Juan comprendió entonces y se creyó obligado a lanzar algunos alaridos. Le pregunté qué quería. ¿Piensan ustedes que pidió regresar al lado de su madre y no dejar su tierra y seguir salvaje como era? Nada de eso: ¡me pidió aguardiente!».

Tomo un buen sorbo de Coca-Cola, el gas me lastima la garganta como pequeños cuchillos y leo el pasaje por segunda vez pero en voz alta. Cuando lo hago, mi voz suena ajada, irreconocible. Estoy estupefacta.

Wiener compra por el camino un niño indígena a su madre. Y no solo la despoja de la criatura sino que la brutaliza en el relato de su propio mito del salvador blanco. Va enhebrando la leyenda de su bondad superior mientras convierte la posibilidad de ayuda en violencia y reafirmación narcisista. Culpabilizar a la madre, además, siempre ha funcionado para perpetrar el robo de niños. Lo haga un padre, un Estado democrático o una dictadura, y ya sea en jaulas fronterizas americanas o quitando las custodias de sus hijos a madres migrantes en las costas europeas. Como si hacerlos cruzar el mar o el desierto fueran impulsos maternales de muerte y no de vida. Como si la resaca alcohólica y harapienta de esa mujer indígena no hubiera seguido a la borrachera de poder de unos tipos barbados montados en bestias. Y aún Wiener se las ingenia para dedicarle algunos agravios inspirados en el asco.

Jamás escuché de un niño comprado, o debería decir robado por Wiener, no sé por qué no lo mencionaron ni mi tío historiador, ni mi padre, ni está en ninguna de las biografías a mi alcance. Es apenas una nota a pie de página de su largo periplo. No lo sabían o no le dieron importancia. La sola existencia hipotética o real de Juan desencadena una lluvia de imágenes de vidas posibles, propias y ajenas, en el horizonte.

En su libro, Charles cuenta cómo volvieron de Puno a Cusco, cómo al paso de un tren se da cuenta, admirado, de que Juan no ha visto uno en su vida y empieza a llamarlo con una frase quechua que este traduce como «esta calle que se mueve y humea». Repito la frase que enamora al europeo varias veces, imagino a Juan, con su poncho colorido, caminando dentro de un tren como por una calle en movimiento que echa señales de humo, de la mano de un señor que lo aleja de las metáforas.

Enternecido por la ignorancia y el candor del niño, según su propia confesión, Wiener decide llevárselo a Europa, a Francia, para comprobar si criado lejos del mundo indígena logra remontar la barbarie. «Desde entonces

—escribe mi tatarabuelo en su diario de viajes— he seguido con atención el desarrollo moral e intelectual del niño, que ahora comprende el francés y se hace entender. Es muy inteligente y lo que se acostumbra a llamar bien educado. Me ha dado la prueba de que esta raza, para progresar, no tenía necesidad más que del ejemplo y de la enseñanza».

Juan no es una pieza de cerámica que extirpar de los escombros, ni es de oro y plata, ni siquiera es la momia raquítica de un niño para exhibir lejos de los volcanes, en un museo, pero también viaja entre los enseres del divulgador cuando cruza el charco. Es parte de ese grano de arena que ha puesto Wiener en la transformación de lo que se entiende en Europa por Historia. Es parte de su *mission*, que no es la de los conquistadores, ni la de los descubridores, es la de los viajeros científicos que buscan «volver a encender el sol de los incas, brutalmente apagado por la cruz española». Si hay un estado de ánimo que recorre su libro, es el de la incredulidad de ver cómo ese maravilloso pasado, edificado por esos pueblos, ha mutado en ese mundo «tan mezquino, tan pobre, tan pequeño». Porque «fueron aniquilados, juzgados y condenados como bárbaros». Por eso en sus apuntes Wiener asegura «haber entregado al Estado» francés, tan humanista e ilustrado en comparación al bruto español, las colecciones reunidas a lo largo de su misión «en cuanto bienes que le pertenecen». Juan es eso mismo, un bien para Europa.

Es 1877, nos acercamos al siglo XX, y mi pariente europeo no puede evitar civilizar todo a su paso.

Cierro el libro, tiene tantas páginas que hace ruido al caer para un lado, exhala su antigüedad y es como si un viejo me hubiera soplado su mal aliento en la cara. ¿Tendría Juan los ojos tan pequeños y ardientes como los míos cuando vio todo esto por primera vez? Es raro, sé que llevo en mis venas la sangre de Charles, no la de Juan, pero es al adoptado a quien siento de mi familia.

Mi abuelo se llevó consigo un niño indígena para ponerlo en una vitrina como hicieron con King Kong. Dicen que los «indios» que eran llevados a Europa no sobrevivían mucho tiempo. Yo ya llevo quince años y me parece un milagro.

En la familia no hay una sola foto de María Rodríguez. Nunca sabremos cómo era su cara. A la mujer que inicia la estirpe de los Wiener en el Perú, la que llevó un embarazo solitario y amamantó a un semihuérfano, a ella se la ha tragado la tierra. Así como se pierden durante años bajo la arena los rastros de un mundo anterior. Reunir esos materiales dispersos por una geografía, salvar aquello que no ha carcomido el tiempo para tratar de reconstruir una imagen fugaz del pasado es una ciencia. Huaquear, en cambio, es abrir, penetrar, extraer, robar, fugarse, olvidar. En esa brecha, sin embargo, algo quedó dentro de ella, se implantó, germinó fuera del árbol.

Una de las primas de mi padre me contó lo único que sabe de María. Bajita, de pelo negro, cuando conoció a Charles ya era viuda y madre de una niña. Busco en el libro de Charles algún rastro de su encuentro con María. Algo, por mínimo que sea, un guiño consigo mismo y con el futuro, un dato extraliterario, fuera de la historia, que pueda dar cuenta de la experiencia, de alguna emoción, de un destello de deseo. Me pregunto si fue consentido o no, si fue un flechazo, una aventura, un mero trámite. Sé que es inútil, no parece algo de lo que pudiera sentirse orgulloso. Trujillo, la ciudad de María, le recuerda a la Edad Media, por su «ritmo sosegado» y su «catolicismo pintoresco». Le llaman la atención las mujeres norteñas y ensaya una tipología. Las indias de esta zona, las moches, le parecen originales, curiosamente bellas, de aire altivo y majestuoso, «que difiere del andar ordinario de las mujeres de esta raza», con sus trenzas bien peinadas y un seno moreno brotando de sus blancas camisas. Las mestizas, en cambio, «son desagradables por su preocupación por imitar las costumbres de la ciudad». Las negras «son francamente horribles, desaliñadas en su ropa, innobles en sus movimientos; sus vestidos se reducen a una camisa y una falda tan sucias como sus personas». Las casadas «son a menudo adúlteras».

Diga lo que diga de las mestizas siempre pensé que María debió ser una. Tengo una foto borrosa de su hijo Carlos y no parece el hijo de una indígena del norte, cuya visión deleitaba frívolamente a Charles.

Me concentro en su escritura inspirada en las viudas porque María era una: «Las viudas lloran la muerte de sus maridos con un aire que se ha

convertido en cantos de circunstancias, como el treno antiguo; recuerdan los regalos, *capuz, collar*, que el difunto les había hecho, y la descripción minuciosa de todos esos objetos sirve de letra a la triste melodía de su lamentación. Sentadas en el umbral de sus puertas, con un vaso de chicha en la mano, inician su canto, que va en *crescendo* al influjo de la bebida y se apaga disminuyendo en la embriaguez».

María canta melancólica en la puerta de su casa y ve pasar a Charles. Le invita a un vino. Esa imagen que viene del planeta de la especulación, tan falsa como posible.

Intento componer con restos extraviados e inmateriales, estableciendo diacronías caprichosas.

Cuento apenas con este yacimiento, la placenta aún tibia en la memoria de lo único reseñable en la vida de esa mujer, haber sido un eslabón en la cadena del mestizaje. Cuando se sabe tan poco es porque nunca se ha querido saber, porque se ha mirado a otro lado con incomodidad y no mirar es como borrar, invocar la tormenta de arena sobre la huaca sin ceremonia, una erosión progresiva. Hasta que el período de latencia termina. Y nos vemos dispuestas al hallazgo. Aprendemos que los huesos no se lavan con agua. Que hay que soplar dulcemente sobre las grietas y laberintos óseos. Contar los anillos de crecimiento de un árbol seccionado. Lamer la gota brillante de resina roja de todos los ojos cerrados y muertos. Verter algo radiactivo sobre la arcilla y ver aparecer en letras ardientes el Tiempo como un baile de máscaras.

Tenía todas las papeletas para ser olvidada, le faltó al lado un hombre que no se fuera para tornarse sedimento, y, me lo invento, su última oportunidad se la llevó un barco. Sabemos todo de él pero nada de ella. Él nos dejó un libro, ella la posibilidad de la imaginación.

Yo sé muy bien de lo que habla Charles cuando celebra la asimilación, la exitosa reeducación de su indiecito. Cuando quiere demostrar que en otro contexto y con otra instrucción podría ser casi una persona más. Lo escucho un día cualquiera. Enciendo la radio mientras cuelgo mis calzones húmedos a los que ahora llamo bragas. Y oigo a un político español decir que oye, lo mejor que le puede pasar en la vida al migrante de América del Sur es que su hija se case con un español. Y lo escucho y suena como si estuvieran intentando hacernos un elogio. Un español para casarse bien. Para intercambiar algunos de sus yugos por matrimonio e integración. Amiga, aprovecha, borra tu identidad por un lugar en la mesa de Pascua. Es tan

perversa la relación que tiene históricamente cierto español con la migración de sus excolonias americanas, y en especial con las mujeres, que duele que las trabajadoras que cuidan aquí para dar vida allá, obligadas a dejar a sus hijos para cuidar los ajenos, a sus madres y padres mayores para cambiarles los pañales a señores como el político que habla, deban soportar sobre ellas esas miradas llenas de condescendencia y desprecio por sus vidas.

En realidad, somos todo menos la esposa con la que soñaron.

¿Qué pensaría Charles de mí si me viera ahora? ¿Me acercaré al menos en parte a ser la culminación de su proyecto civilizador o seré, más bien, otro intento fallido? La india que vino a estudiar a Europa y no aprendió nada. La que vino con su esposo cholo y se enamoró también de una mujer blanca que practica el amor libre.

Desde que vivo en España, me encuentro por lo habitual con gente que me dice que tengo «cara de peruana». ¿Qué es la cara de una peruana? La cara de esas mujeres que ves en el metro. La cara que sale en la *National Geographic*. La cara de María que vio Charles.

Mi cara es muy parecida a la de un huaco retrato. Cada vez que me lo dicen me imagino a Charles moviendo el pincel sobre mis párpados para quitarme el polvo y calcular el año en que fui modelada. Un huaco puede ser cualquier pieza de cerámica prehispánica hecha a mano, de formas y estilos diversos, pintada con delicadeza. Puede ser un elemento decorativo, parte de un ritual u ofrenda en un sepulcro. Los huacos se llaman así porque fueron encontrados en los templos sagrados llamados huacas, enterrados junto a gente importante. Pueden representar animales, armas o alimentos. Pero de todos los huacos, el huaco retrato es el más interesante. Un huaco retrato es la foto carnet prehispánica. La imagen de un rostro indígena tan realista que asomarnos a verlo es para muchos como mirarnos en el espejo roto de los siglos.

Mi cerámica favorita es la mochica, la más sofisticada por su capacidad para hilar un relato como un cómic tridimensional de esculturas cuadro por cuadro. Son las series de televisión de la antigüedad. La especialidad de los moches son las esculturas de dioses degolladores y los huacos eróticos son su cine porno, el kamasutra andino. Follar y cortar cabezas, no hay mucho más en esta vida. Mi abuelo Félix, el padre de mi mamá, nació en esa zona, al

norte de la costa peruana. Por eso la primera vez que le enseñé a mi novia española la serie de huacos eróticos creyó verme en todas las mujeres de barro que tragan penes más grandes que sus cuerpos, gozan a cuatro patas y paren niños.

Hay algo en esta mezcla perversa de huaquero y huaco que corre por mis venas, algo que me desdobla.

Mi padre usaba un parche en el ojo derecho. Por lo visto lo usaba, porque yo jamás lo vi. Me lo acaba de decir la mujer que no es mi madre.

La llamo un día desde el mismo teléfono de mi papá, que ahora es mío, y quedamos en vernos en una pastelería. Voy y me siento a esperarla pero nunca llega. Se le ha agotado la batería y no podemos hablar hasta mucho después. Sí, estuvo ahí, pero yo no, porque me confundí y acabé en el restaurante vecino. Ella me esperaba a mí y yo a ella, cada una en una mesa solitaria, una a cada lado de la calle, como dos cuadros de Hopper colgados frente a frente. Nos vemos al día siguiente en el mismo lugar, esta vez sí, nos abrazamos, y me dispongo a escuchar su historia.

Ella no puede creer que yo jamás hubiera visto a mi padre con un parche. A mí me cuesta aceptar que él por las noches fuera Ojo Loco. Lo que yo recuerdo de él son sus dos ojos pardos diminutos abrirse y cerrarse detrás de sus gafas y el periódico abierto, como un muro infranqueable. Pero en su otra existencia, la que ocurría a pocos kilómetros de la que compartía con mi madre, mi hermana y yo, él usaba un parche en el ojo, como un pirata fuera del mar. Y así conducía, almorzaba en otra mesa, hacía la siesta en otra cama, llevaba a una hija que no era yo al colegio e iba al banco. ¿Ella le creía? Me mira con algo parecido a la melancolía, aprieta una servilleta sobre sus labios y baja la cabeza. Quería creerlo.

La ficción del padre podría metamorfosearse en la no ficción de la hija escritora de no ficciones. La mentira impulsa la búsqueda de cierta verdad. ¿Cómo se llega a ese punto? ¿Cómo pudo? ¿Qué ánimo lo poseía? Son preguntas de estupefacción, en realidad balbuceos.

El parche era, digámoslo así, la coartada de un infiel, la más absurda que alguien podría inventar y también la más absurda que alguien podría creer, pero funcionaba. Probablemente porque la doble vida del adúltero pertenece al género fantástico y en ese universo los cerdos vuelan y los padres fingen una discapacidad. Ese es el pacto con el testigo: hay que acomodarse a las reglas de verosimilitud de los amantes, que no son las del mundo normal en el que vivimos. Es verdad que sufría de hipertensión pero la enfermedad ocular no era más que un invento. La exageración de sus males y su expresión

tangible en el medio de la cara, el disfraz como permanente recordatorio de un dolor que estaba en realidad en otro lado, le servía para justificar sus ausencias.

Mientras duró lo del ojo, a la mujer que no era mi madre le solía contar que las noches sin ella las pasaba en un cuartito de hospital acondicionado especialmente para el cuidado ambulatorio de su retina mientras en realidad dormía con los dos ojos cerrados en la cama que tenía con su esposa, mi madre. Más tarde, podía inventarse viajes de un lado y del otro, y así permanecer días, incluso semanas fuera de una de sus dos casas, pero cuando tocaba volver a ambas se ponía o se sacaba el parche del ojo, según su localización. Cuando estaba con nosotras parecía poder ver con los dos ojos, pero cuando estaba con ellas había un lado de la vida que no quería mirar.

¿Dónde lo guardaba? ¿En la guantera del coche? ¿En su bolsillo? Me hubiera gustado encontrar el parche en su escondite, probármelo un rato en el espejo. Me encantaría hacer algo con el parche en el ojo de mi padre. Siento que el parche es algo más que un parche. Y esa corazonada guía mi voluntad. De alguna manera entiendo la escritura como ese movimiento de ponerse y sacarse un parche. De hacer funcionar la estratagema. Y de hacerlo sin inocencia, con una sensación a veces hasta sucia de estar metiendo la vida en la literatura o, peor, de estar metiendo la literatura en la vida.

Como dice Angélica Liddell, después de haber escrito sobre una misma no queda nada más en el mundo sobre lo que escribir.

Durante treinta años vivimos en la isla del pirata pensando que éramos las únicas habitantes hasta que empezamos a sospechar que no estábamos solas, que al otro lado mi padre había construido una réplica exacta de nuestro mundo. Pero por alguna razón no podíamos movernos para comprobarlo. El camino hacia el otro lado estaba lleno de trampas. Si intentábamos cruzar aparecían los monstruos, las tentaciones, las minas personales te hacían perder las piernas. Una familia es una isla ficticia sobre un mar de realidad. Y esta organización deficiente inventada por mi padre no desafiaba el orden, solo lo reproducía y le obligaba a someterse a sus esclavitudes por partida doble: dos parejas, dos familias y dos casas paralelas. Cada campamento y su parentela estaba constituido a la manera tradicional y aprobado por su pequeño entorno. La incomunicación era primordial.

Su comportamiento en todo este tiempo fue para nosotras sus hijas inexplicable. Desde el cielo alguien podría haberlo visto correr incansable con

su bigote, de un lado a otro de la isla y habría jurado ver a un personaje de videojuego que en lugar de matar criaturas saltando bloques debe llegar por la mañana con el pan del desayuno a sus dos vidas y por la noche acostar a las chicas con un beso. Aquello suponía para él una laboriosa inversión de energía en evitar ser descubierto y seguir hilando la mentira como un niño loco con un ovillo de lana, sin darse cuenta de que era él quien estaba atrapado en esa seda peluda y pegajosa. Y, bueno, también nosotras. Cualquiera de las dos mujeres podía ser la oficial. Cualquiera la otra. No sabíamos a ciencia cierta quiénes eran las reales y quiénes las inventadas, pero todas nos creíamos únicas. Él, en tanto, no podía dejar a nadie, tampoco acababa de irse.

Observo con atención a la mujer que no es mi madre, debe tener unos veinte años menos que la que sí lo es. Pienso en eso, es más joven, es más suave, es casi más dulce, habla más bajito. Pienso: por eso le gustaba. Pienso: no las compares, no lo hagas, tú no lo haces cuando amas. No le he dicho a mi madre que venía. ¿Es esta mi propia cita clandestina con la otra, mi defensa del derecho al misterio? Yo, que quería dedicarme a la belleza, me siento como un gusano, arrastrándome por un poco de información y de culpa, que no me pertenecen, dispuesta a ser la única en la sala capaz de sentir vergüenza de sí misma. Me han salido cuernos a mí también. Los acaricio y acomodo allá arriba como se centra una corona que duele. Soy una enorme cabeza de venado cortada sobre el plato. Cuántas veces estuve así, frente a frente ante mi mamá, escamoteando esta parte de la historia, la parte de la historia con la que hablo, con la que me tomo una cerveza, para no hacer sentir a la madre acorralada, obligada a responder si lo sabía o no, si fingía, si estaba en una guerra, si tenía una rival, si ya había perdido. Me ha tomado minutos hablar con mi no madre de lo que aún no me atrevo a hablar con mi madre.

Por ejemplo que sí había un punto en que ambos campamentos inaccesibles de la isla se tocaban. Ese punto era ella, la tercera hermana inesperada. Mi hermana de siempre y yo la vimos por primera vez en un parque llamado la Pera del Amor, cuando tenía un año, después de descubrir su foto en un maletín de papá y tirársela a la cara. Son iguales. Nos la presentaron como la hija de mi padre de una relación pasada sin importancia y, aunque nunca vivió con nosotras, todos estos años ha sido parte de mi familia. Mi hermanita pequeña, la hija de la amante, tan tímida y sonriente, con sus enormes ojos atentos, llorando despacito cuando parecía que no entendía nada pero lo entendía todo. La única que supo año tras año lo que pasaba, la que por ser una niña pequeña tenía salvoconducto para ir de casa en

casa, y por eso podía ver en la mía la foto enmarcada de su padre vestido de novio del brazo de mi madre. El trato amoroso entre ellos, tan amoroso como el que se prodigaban sus padres. Pudo así acercarse a los matices. Y elaborar una sabiduría propia y secreta para sobrevivir en ese lugar demencial en el que la había colocado su padre. Y decidió cargar sola con la verdad, para no afectar a nadie, guardar silencio por todas, incluso por él, cuidándose de que no descubriera que ella sabía que le mentía por amor o estupidez.

Ya enfermo, papá aún conseguía llegar a duras penas a una casa para cenar y a la otra para ver la telenovela turca. Y estar entre sus hijas, sin dejar a ninguna atrás.

No, jamás lo vi con un solo ojo, le digo alucinada. Ella ríe. Antes de despedirnos le entrego la urna que me pidió, con un tercio de las cenizas de papá. Mi madre echó ayer las suyas al mar. Mi tercio me lo llevaré a España.

Una noche por fin salgo de casa. Sin expectativas. Voy de un bar a otro del centro de Lima y en uno encuentro a un grupo de viejos amigos periodistas en torno al cual gravitan otros más jóvenes. Un tipo con una cara preciosa viene a mí y me dice Gabriela Wiener. Escucho ese apellido otra vez. Es mucho más joven que yo pero intenta seducirme diciéndome que escribo mejor que Leila Guerriero. Lo consigue. Sabe demasiado de cronistas, o sea sabe demasiado de mí. Entre los periodistas —y él lo era— los cronistas tenemos algunos privilegios, somos como la primera clase de la prensa, redactores pajeros, artistas de la información, no somos escritores pero Dios nos libre de ser solo periodistas. Para neutralizar ese ruido de fondo hago algo que he dejado de hacer hace muchos años porque hace muchos años que dejé de complacer solo por complacer a los hombres: se la chupo en la calle, y quizá en el mejor lugar en donde alguien podría chupar una polla, detrás de las estatuas de los leones del Palacio de Justicia. Por culpa de Henry (Miller) tengo una debilidad por el sexo con estatuas y por culpa de los mochicas por los huacos eróticos.

Sé que es demasiado audaz para estar de luto pero lo hago. Me siento pequeña en ese gesto humano dándose a los pies de un edificio monumental. Como en esa escena de *El planeta de los simios* (la mala) en que se descubre que Abraham Lincoln fue un mono.

Al día siguiente vamos a un hotel, hablamos de mi padre, y de la muerte. Nos damos cuenta de que hemos leído los mismos libros tristes y eso nos da la sensación de tener mucho en común, aunque sea una coincidencia tétrica. Llevo semanas lejos de casa, necesito sexo como un animal horrible e insaciable. He llorado tanto por mi viejo que estoy lubricada como para ser penetrada por un batallón. Decido no contárselo a Jaime y a Roci. Para qué, si es un desahogo, como sonarme los mocos con un pañuelo. Pero vuelvo a verle, empiezo a ver al chibolo casi cada día. Y cuando no estoy con él estoy chateando con él, en ese paréntesis que me ha abierto la muerte, jugando con el tiempo como una millennial fake, y ya no sé cómo explicar a mis esposos mis ausencias, mis distracciones.

En Madrid me espera todo aquello con lo que he soñado desde siempre: el trío, el poliamor, el amor de una mujer, el de un hombre, mi hija, una vida de escritora. Un plan cerrado, sin fisuras. Pero mientras más disidente me presumo, más instalada en el establishment me encuentro. Mientras más predico la sinceridad amorosa con los otros dos, más les miento. Mientras más cerca estoy de volver más quiero escaparme. ¿Qué es esto? ¿Mi despedida de soltera o mejor dicho, de casada, eso, mi fiesta de despedida de casada, un último intento de aferrarme a la heterosexualidad, a la infidelidad en monogamia, a la infelicidad? O es la constante tentación del fracaso, la zancadilla que me pongo porque estoy sola y triste y asustada. No es ni un enamoramiento fulminante, ni un amor inoportuno, ni un arma arrojadiza, sino el poder de perpetrar pequeños e innumerables atentados contra mi propio puesto fronterizo. La libertad de quitarme todo, de vaciar la carga y tragarme la bala.

Nunca he estado más cerca de encarnar ese verso de Sharon Olds: «Me he convertido en mi padre». Eso, cómo voy a contarles eso.

Me veo intentando hacer encajar mis tres turnos, de esposa, madre y amante a todas horas y en dos países distintos. Pero debo admitir que mi vida es mucho más fácil que la de mi padre. Mis esposos no están aquí. Por ahora. Solo tengo que cambiar algunos datos, contestar algunas llamadas, desviar algunas preguntas. Si no hay duda, si la decisión de ocultar algo es firme, la mentira protege.

Cada día progresa el delirio con mayor profusión, se desborda. Un día le digo al niño: ¿Y si formamos una gran familia con mi marido y mi mujer, contigo también? Río con mi travesura. Me emociona vivir con un arado en una mano y una antorcha en la otra. Hago experimentos imaginarios con combinaciones peligrosas. Construyo una pequeña bomba. Le propongo jugar, entrar al poliamor, pero lo hago incumpliendo todas sus reglas. Y estos días a su lado se convierten en una sucesión de breves reflexiones sobre todo lo que no seremos, nuestra diferencia de edad, los límites de la distancia geográfica, lo *sexy* de la imposibilidad. Él es un recién llegado, mientras yo juego a qué sucedería si dejara por él todo lo que me ha costado años poner en pie. Como estar casado y pedirle matrimonio a alguien, que fue exactamente lo que hizo mi padre. Sé que no lo haré nunca. Que solo estoy esperando que sea real para él para quitarme la máscara y enseñarle la cámara escondida. Y aun así, sin convicción, tejo el vínculo defectuoso entre nosotros, tiro de la

lana del ovillo, de la seda pegajosa, el mismo puente que suelo construir entre mi subjetividad y el resto del mundo, para hacerlo lidiar también a él con mis inseguridades. Pobre, lo hago responsable de mí. Me paso horas mostrando incredulidad ante sus sentimientos imberbes, que no son exagerados y dolientes como los míos, y por eso me saben a poco. No cae en mi trampa. Peleamos mucho y eso me hace sentir más cerca, más comprometida. Jugamos a la fidelidad dentro de la infidelidad, como mi papá con su amante: «Si al volver lo haces con otro que no sea Jaime te jodes». Otra vez descubro cómo me enganchan del amor sus formas reconocibles, tóxicas. Juego a que es verdad, pero en realidad hay en este ejercicio más verdad sobre mí que juego. Una constatación aún más terrible. Y como en toda relación inesperada, hay un gran componente de narcisismo.

Cómo voy a contarles esto.

En medio de ese romance impertinente se me ocurre un reto: la idea es plantear qué nos gustaría que pasara y qué es realmente lo que va a pasar con nosotros. En mi turno confieso que lo que me gustaría es que él se enamorara de mí de verdad; conseguir tener una relación abierta y sana con mi marido y mi mujer, y que estos puedan a su vez tener otras relaciones, aparte de la que tienen conmigo, y que yo sea capaz de asumirlo con cordura, como ellos asumen la mía con mi nuevo amor. Finalmente, completo la lista de cosas que me gustaría que pasaran diciéndole que volvería a vivir en Perú. Pero lo que va a pasar, digo, es que mis esposos me descubrirán y me dejarán. Entonces, cuando eso ocurra, tú, le digo, también me dejarás.

No recuerdo sus predicciones y ya no importan.

Un día no aparece en nuestro chat nocturno. Pasan muchas horas y nunca llega. Le escribo ansiosa por todos los canales, lo llamo mil veces, hasta que por fin contesta. Mi hermana ha muerto, me dice. No me da más detalles, o los da a cuentagotas, a lo largo de la mínima comunicación que tenemos después de ese día y los siguientes. Su hermana, la que sufría depresión, ha muerto en la habitación de al lado. Él había tratado de despertarla, había llamado a la ambulancia, pero las pastillas detuvieron su corazón. Se ha suicidado mientras nosotros chateábamos, pienso. Es posible que me lo esté inventando todo por mis ansias de protagonismo en una historia de la que no

formo parte. Si yo me siento culpable, no sé cómo él puede aguantarse a sí mismo.

Entonces se esfuma de mi vida. Me duele y me siento una cretina. ¡Cómo me atrevo siquiera a lamentarme! Él ha perdido una hermana. ¿Cómo acompañar en el dolor más profundo a alguien con el que no tienes en realidad nada profundo? ¿Acaso él ha podido hacerlo conmigo? Lo que había entre los dos a duras penas soportaba el realismo, ¿cómo haríamos con la muerte?

Cómo voy a contarles esto.

Pero una noche, un día antes de volver a Madrid, acepta verme. En su casa solo está su padre, pero nos escabullimos hasta el segundo piso.

Me lleva a la habitación de su hermana muerta. Está igual a como la dejó, me dice. Allí, en esa cama donde nos acabamos de sentar, la vio morir hace unos días. Me guía por una especie de *tour* por su memoria, me enseña cada uno de sus tesoros, sus libros, sus discos. Me cuenta que desde su muerte en esa habitación ocurren extraños fenómenos: Microlluvias, pequeños sismos, permutación de sus objetos queridos. Pero aún queda el último acto: pone una antigua película en DVD de su infancia para que la veamos juntos. En ella, los hermanitos corren en el campo, durante un viaje familiar. Todo es tan infinitamente triste que él tiene que salir de ahí. Yo también. Vamos hacia su habitación.

Las paredes de su cuarto están cubiertas de pósits con las citas más tristes de los libros más tristes del mundo. Parecen pequeñas tumbas de colores, fucsias, amarillas, sobre un campo santo. Los ha pegado por todas partes, no solo sobre el escritorio, también sobre la cabecera de su cama y en el techo. Me tumbo en la cama, mirando los papelitos como se miran los *stickers* de estrellas que brillan en la oscuridad sobre las camas de los niños, reconociendo algunas frases, pensando una vez más en mi papá muerto. Y tenemos el peor sexo en la historia de los pósits. Y me aferro a la creencia de que no hay nada mejor que el peor sexo para olvidar a alguien. Para dejar de ser la fantasma que sigue al fantasma que sigue al fantasma.

No sé cómo voy a contarles esto pero lo haré. Se me acaba el tiempo para viajar de la muerte a la vida. Así como llegué demasiado tarde, un día desaparecí. Ser migrante también es vivir una doble vida. Es vivir con un parche en el ojo. Es suspender una de ellas para ser funcional en la otra.

Superar el duelo, eso es lo que toca, tomar un avión e irme del duelo. Para afrontar otro duelo y encadenar esta pena al desconcierto.